

cáncer-, dirigido por monjas carmelitas. Se estacionó frente a la iglesia y desde la ventana de atrás un tirador disparó cierto en el corazón del arzobispo. Quedó en un charco de sangre frente al altar.

Un día antes de su muerte, en su acostumbrada homilía dominical, Romero había sido frontal con el régimen: “yo quisiera hacer un llamamiento de manera oficial a los hombres del Ejército. Hermanos: son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: ‘No matar en nombre de Dios’, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios, ¡cese la represión!”.

Para entonces ya había varios grupos guerrilleros marxistas que más tarde conformarían el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), hoy en el poder.

El gobierno militar, en busca de exterminar a la guerrilla, mataba a campesinos y a curas progresistas, acusados de incentivar la violencia. La única voz que denunciaba la violación de derechos humanos era la de Romero.

Lo que siguió fue un baño de sangre en el sepelio del “obispo de los pobres”. La plaza frente a la Catedral de San Salvador se atestó de gente. Se calcula que 250 mil personas llegaron a despedir a Romero. Portaban fotos del arzobispo asesinado en todos los tamaños. Coreaban consignas.

Adentro de la catedral, donde no caben más de 3 mil personas de pie, cuando el representante del Papa, cardenal Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo de México, estaba parafraseando una enseñanza de Romero (“la violencia no puede matar la verdad ni la justicia”), estalló una bomba. Los que estaban en la plaza comenzaron a ser blanqueados por francotiradores y la gente comenzó a correr.

Cuarenta personas murieron aquel día, la mayoría mujeres ancianas asfixiadas dentro de la catedral cuando huían de los francotiradores y las bombas. Se contabilizaron más de 200 heridos.

Con la muerte de monseñor Romero, se abrió una cruenta guerra civil

con 70 mil muertos. Ejército y guerrilleros se fueron a la guerra que Romero quiso evitar.

JUAN PABLO II LO IGNORÓ

Romero no era un intelectual. Era sobre todo un religioso tradicional y conservador que hasta antes de 1977 perseguía a sacerdotes progresistas.

Nació en 1917, en el municipio de Ciudad Barrios, San Miguel, fronterizo con Honduras. Su padre era telegrafista y su familia, de clase media.

Fue ordenado sacerdote en Roma

Romero fue a Aguilares y encontró el cadáver tirado en el piso de la iglesia, con el cuerpo agujereado. De aquella Parroquia, salió con dos ideas: el domingo siguiente al asesinato se celebraría una misa única en la catedral y ninguna parroquia abriría sus puertas. Además, le anunció al régimen militar que no participaría en ningún acto oficial del gobierno mientras no se investigara el crimen del padre Grande. Lo que finalmente cumplió.

Los tres años de Romero al frente del Arzobispado fueron difíciles. Los escuadrones de la muerte asesinaron a 14

carta para monseñor Romero, y envió el paquete a El Salvador. En mayo de ese mismo año, el religioso salvadoreño hizo escala en Madrid después de un viaje a Roma y la llamó para decirle que quería conocerla. La periodista acudió emocionada a la cita.

Después de saludarla, le dijo: “quiero que me ayude a entender qué ha pasado en El Vaticano”.

Romero había pedido una audiencia con el Papa Juan Pablo II, pero cuando llegó a Roma no le habían confirmado la reunión. Madrugó para apostarse en primera fila en la audiencia general y, cuando pasó, le dijo al Papa: “soy el arzobispo de San Salvador y necesito hablar con usted”.

Según la periodista, Romero le mostró a Juan Pablo II cartelones que decían: “Haga patria, mate un cura”, y otros donde se le acusaba de estar endemoniado.

—Santo Padre, aquí podrá usted leer toda la campaña de calumnias contra la Iglesia y contra mi persona que se organiza desde la Casa Presidencial —le dijo Romero.

Juan Pablo II le dijo que no tenía tiempo para leer tantos papeles.

A su regreso a San Salvador, las amenazas en contra de Romero llegaron hasta el Arzobispado en forma de cartas anónimas donde lo acusaban de comunista. A veces sólo llegaba una hoja en blanco con una mano negra pintada.

Once meses después de aquella conversación en el Vaticano, un ultraconservador y católico que

dirigía los escuadrones de la muerte, llamado Roberto d'Aubuisson, mayor retirado del Ejército, planeó el asesinato de Romero.

Fundador del derechista partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena), que por 20 años se mantuvo en el poder en El Salvador y hoy es la segunda fuerza política del país, D'Aubuisson murió de cáncer en 1992, en total impunidad.

Una Comisión de la Verdad de la Organización de las Naciones Unidas determinó, años después, que fue el autor intelectual del asesinato de monseñor Romero y, también, quien dirigió los escuadrones de la muerte con la complicidad del Estado salvadoreño. ■



+com



Vida y pensamiento de Óscar Romero en libros, documentos y películas.

cuando tenía 24 años y, en 1970, el Papa Pablo VI lo nombró obispo auxiliar de San Salvador.

Cuatro años después fue nombrado obispo de la Diócesis de Santiago de María —la más pequeña y pobre de El Salvador— y, en 1977, arzobispo de San Salvador. En ese momento, el sector progresista de la Iglesia salvadoreña lo vio con malos ojos, pues su favorito era monseñor Arturo Rivera y Damas.

Pero Romero cambió radicalmente cuando los escuadrones de la muerte asesinaron a su amigo el sacerdote jesuita Rutilio Grande, párroco de una comunidad rural llamada Aguilares, a donde el religioso había llegado a formar las Comunidades Eclesiales de Base.

sacerdotes, y la Conferencia Episcopal —compuesta por seis obispos, incluyendo a uno que era coronel del Ejército— siempre estuvo en su contra. El único obispo que lo apoyaba era monseñor Rivera y Damas que a la postre se convirtió en su sucesor.

En 1979, María López Vigil trabajaba como periodista en Madrid, España, y escribió en *El País* un reportaje sobre la conferencia de obispos de Puebla. El texto lo enmarcó en lo que estaba viviendo la iglesia salvadoreña y en el último asesinato de un sacerdote diocesano llamado Octavio Ortiz.

López Vigil metió en un sobre un ejemplar del diario, el dinero que le habían pagado por el artículo y una